

Lucha, lucha, oh noble navío, no te desalientes, no descuides el timón,
porque ¡mira!, el sol rompe las sombras y las nubes huyen:
el azul más sereno ya está cerca.
“Moby Dick”

Pero sería ocioso decir que estas obras no han vivido antes,
que sus almas no tienen una existencia anterior.
“Berenice”, Poe.

Con la elegancia y serenidad que le confiere su propio talento la artista se traslada en estas pinturas dentro de una franja que va desde el movimiento más seco e inmediato a la composición más compleja. Así es como consigue con sobrecogedora radicalidad expresar los contrastes que definen su obra.

Me refiero, por un lado a la sencillez y economía de estos cuadros que lo proporciona la disposición de su autora en la búsqueda con lo esencial, es decir con su plena identidad, “nadie puede sentir del todo su propia identidad sino se tiene los ojos cerrados” decía Paul Klee, casi como una premisa de nuestra pintora que con su abstracción nos da la pauta de una mirada introspectiva. Y por otro lado, aquella complejidad que se hace visible pero no evidente, aquellas pequeñas trampas que estos cuadros nos hacen para que nuestro aprendizaje sea intenso, aunque nunca total, pues en arte las certezas son un contrasentido.

Veamos los cuadros; los fondos blancos no lo son en realidad sino que son las partes blancas en la totalidad de la composición. No hay formas sobre fondo, cada blanco ocupa su propio espacio pintado con absoluta autonomía como cualquier otra mancha que aparece, entonces todo el espacio que creemos vacío está lleno y lo que parece atrás (ese aparente fondo blanco) está en el mismo plano que el resto de las formas. En un marco de abstracción histórica esto la acerca más a un de Kooning que a un Pollock donde sí el “dripping” se apoya sobre un fondo preexistente. Y si hago mención a estos dos artistas es porque Déborah comparte con ellos una misma preocupación que es la del “concepto de profundidad del plano”. Como comparte con las vanguardias tradicionales la utilización de los elementos de composición en la estructura.

Quienes hayan visto su muestra anterior recordarán el uso y el protagonismo de las curvas como elemento central. Hoy, en un notable ejercicio de cambio y transformación ha mudado ese valor a la línea recta y a su poderosa voluntad de síntesis, aunque negando su función natural como constructoras del espacio. “Líneas de estructuras que no sostienen nada” dice la autora. El resultado son formas o figuras fragmentadas que al mismo tiempo que mantienen su solidez y volumen flotan en el espacio.

En una ocasión le pregunté - “¿cuándo crees que terminas un cuadro?”, y ella con desparpajo y atrevimiento me contestó: - “no me interesa saberlo, no sigo una línea de principio a fin, más que saber cuándo terminan me interesa saber cómo reaccionan, cada cuadro dentro de sí mismo, entre ellos o inclusive en reacción de una muestra a otra”. Es de imaginar mi mutismo ante tanta seguridad, pero es cierto, el arte atañe al mundo de las diferencias y lo no visible. Lo mismo ocurre con su paleta, cuando nos acomodamos frente a

sus colores la autora empieza a molestarnos con accidentes que fugan de lo correcto. Así también es como sus pinturas reaccionan frente a los géneros o estilos: paisajes, retratos, naturalezas muertas, cubismo, abstracción, como también hacia algunos pintores: Braque, Matisse, Rousseau, Petorutti. Pero nada de esto lo hace como un acto de rebeldía, nada más lejos de su intención, de hecho todas aquellas incomodidades no nos llegan desde la razón sino desde algo más inmaterial quizá desde un lugar menos aprehensible donde las cosas están pero nunca las podremos asir pues están vedadas de este lado del mundo. La paradoja en estos cuadros de que lo invisible se convierta en una evidencia tiene su raíz justamente en que lo accidental tiende a pasar a la jerarquía de esencia y lo verdadero puede hallarse entre las sombras.

Fabián Burgos

Buenos Aires, 2 de marzo de 2006